

Por último, a manera de “apéndice”, Tenorio incluye un análisis sobre “Los villancicos de Navidad de 1689” para demostrar que este texto, tan “lleno de parches”, debería estar junto con los “atribuibles” y no (como lo está) entre los “atribuidos” por Méndez Plancarte. A paso lento, pero seguro, la crítica realiza un riguroso escrutinio de este juego de villancicos navideños, con la finalidad de proponer una autoría mal asignada y la posibilidad de hablar de la presencia o ausencia de rasgos *sorjuaninos* en estas “obras menores” (p. 190). Así, de principio a fin, el libro de Martha Lilia Tenorio se interna en un mundo barroco, en el mundo de una monja que escribía villancicos por encargo, para ganarse la vida y, desde luego, defenderse de sus superiores. A la vez, su análisis ayuda no solamente a comprender la amplia difusión de estas composiciones religiosas y su valor dentro y fuera de la Nueva España, sino que también abre las puertas de una mina colonial que espera ser explorada con la misma atención que cualquier otra letra escrita por sor Juana.

OSWALDO ESTRADA

University of California, Davis

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. El Colegio de México, México, 2001; 691 pp.

El Coloquio Internacional Literatura Mexicana del Otro Fin de Siglo se llevó a cabo bajo el auspicio de la Cátedra Jaime Torres Bodet del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, del 26 al 29 de septiembre de 2000; el conjunto de trabajos que ahí se presentó compone un libro de casi setecientas páginas. El objetivo general del coloquio fue presentar un panorama de la literatura mexicana del siglo XIX y principios del XX. El editor, Rafael Olea Franco, aclara en su “Prólogo” que aunque el período fijado para la convocatoria iba de 1867 a 1910 (la República Restaurada y la Revolución Mexicana), se aceptaron también ensayos que no se limitaban a ese período.

Si bien *Literatura mexicana del otro fin de siglo* es un texto de consulta para los especialistas e investigadores de las letras mexicanas del siglo XIX, también puede ser leído de principio a fin con amenidad, pues una de las virtudes de los textos reunidos es la claridad con la cual los autores exponen: se concentran en desarrollar sus hipótesis para presentar las respectivas conclusiones sin recurrir necesariamente a la terminología especializada de la teoría literaria; o bien presentan un informe para describir sus hallazgos. En este punto hay que subrayar la labor del editor y la mínima presencia de erratas. Pero el mayor acier-

to de este libro es la variedad de ópticas y la pluralidad de opiniones acerca de la literatura del México decimonónico. Como muestra, los trece apartados en que se divide *Literatura mexicana del otro fin de siglo*: “Reflexiones sobre el modernismo”, “Poetas”, “Narrativa breve”, “Novelistas”, “Novela histórica”, “Heriberto Frías”, “Manuel Payno”, “Crónica y teatro”, “Cultura popular y tradicional”, “Leyenda y ficción”, “Discurso de la feminidad y del amor”, “Impresores y revistas”, “Discusión de las ideas”; en total, cuarenta y ocho estudios.

Resalta, por otro lado, el hecho de que se reúnen en este libro estudiosos ya reconocidos e investigadores de menor renombre, pero no por ello de menor calidad. El hecho de que críticos más jóvenes se interesen por la literatura del siglo XIX confirma la necesidad de repensar el pasado para proponer nuevos interrogantes y sugerir respuestas, precisamente cuando del XIX a los albores del XXI ha transcurrido un siglo de cambios vertiginosos, tanto en el estilo de vida como en los modelos estéticos, que han ido determinando la creación literaria y su valoración.

Para comprender mejor la literatura del siglo XIX y principios del XX, debe recurrirse a la consulta y rescate de fuentes directas, pues sólo así es posible refutar errores que se han ido perpetuando a lo largo de la historia de la literatura mexicana. He aquí una muestra de este tipo de aclaraciones: los habitantes de Tomóchic no eran indígenas —aclara Adriana Sandoval—; la primera edición de “Lanchitas”, de Roa Bárcena, no corresponde a 1877 ni 1882, sino a 1878 —dice Olea Franco. Noticias valiosas acerca de documentos de primera mano se encuentran en muchos artículos de *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. Por ejemplo, Belem Clark describe rápidamente algunas polémicas modernistas que se publicaron entre 1876 y 1907, en las que participaron Manuel Gutiérrez Nájera, Vicente Riva Palacio, Victoriano Salado Álvarez y otros; Ana Laura Zavala hace una sistemática revisión hemerográfica para esclarecer los conceptos de “decadentismo” y “modernismo” a partir de las afirmaciones de los propios escritores (José Juan Tablada, Amado Nervo, Jesús Urueta, Alberto Leduc, Jesús E. Valenzuela y muchos más que se agruparon en publicaciones como la *Revista Moderna*); Gustavo Jiménez se refiere a los poemas de juventud, casi desconocidos, que Amado Nervo publicó en Mazatlán entre 1892 y 1894 en *El Correo de la Tarde*; Laura Solares estudia los calendarios de Galván, su popular difusión, así como las funciones ornamentales, informativas y recreativas que cumplieron durante la primera mitad del siglo XIX; E. Fernando Nava rescata una pastorela en lengua tarasca, con el fin de diseñar una metodología para la traducción y análisis de la obra; Aurelio González selecciona algunas muestras de la literatura popular publicadas por Vanegas Arroyo, mientras que Elisa Speckman se ocupa del contexto ético de los impresos del mismo editor; Serge I. Zaitzeff da noticia de las cró-

nicas publicadas por Rubén M. Campos en *La Patria* entre 1898 y 1900.

La ubicación de obras y autores en el contexto social, político y cultural de la época se vuelve imprescindible cuando la distancia que separa al investigador de su objeto de estudio es de casi cien años. En este rubro, Vicente Quirarte se refiere a las tertulias de los jóvenes decadentistas; Manuel Sol hace un recuento del habla popular en *Astucia* de Luis Inclán; Antonio Saborit indaga las aficiones artísticas y literarias de los modernistas a partir de *El bar. La vida literaria de México en 1900*, de Rubén M. Campos; Ignacio Díaz Ruiz analiza los contrastes en los gustos gastronómicos de algunos personajes de la novela de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*; Anne Staples retoma esta misma novela como fuente probable para la documentación de la historia de las costumbres; Esther Martínez se asoma al epistolario amoroso entre Vicente Riva Palacio y Josefina Bros Villaseñor (1853-1855); Laura Suárez enfoca los intereses de las principales editoriales de la Ciudad de México, de 1840 a 1855; Pilar Mandujano indaga cómo se consolida el proyecto estético de los modernistas mexicanos en la *Revista Moderna*. El capítulo titulado "Discusión de las ideas" contiene artículos de Pablo Mora, John Skirius, Leonardo Martínez y Fernando Curiel, quienes reflexionan acerca de las creencias ideológicas, políticas, religiosas y estéticas que enfrentaron los principales bandos de la intelectualidad mexicana del siglo XIX e inicios del XX.

Otro grupo de artículos persigue el análisis, interpretación y valoración de las obras, aunque sería deseable que más investigadores se atrevieran a pronunciar su opinión acerca de la vigencia estética de las obras en cuestión para los lectores de hoy; incluso si este juicio señala detalles desfavorables, como cuando Eduardo Contreras compara dos *Monólogos* de Manuel José Othón y afirma que uno de ellos es totalmente fallido. Con el análisis literario se puede elucidar el logro artístico de las obras en lo que tienen de particular, así como su relación con otros textos y sistemas literarios. Estos trabajos pueden clasificarse en dos tipos: por una parte, los que analizan una sola obra o un autor y, por otra, los que delimitan estudios comparados, sea entre autores mexicanos o entre la obra de un mexicano y un escritor extranjero. En el primer grupo destacan ensayos sobre Tablada, Manuel Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Rafael Delgado, Alberto Leduc, Federico Gamboa, Heriberto Frías, Emilio Rabasa, Manuel Payno, Rubén M. Campos, Laura Méndez de Cuenca, Vicente Riva Palacio, Luis G. Urbina, José María Roa Bárcena y Manuel José Othón. Los trabajos del segundo grupo son particularmente sugerentes porque el enfrentamiento de dos o más obras evidencia la continuidad, pero también los contrastes entre autores y obras. Esto podrá apreciarse en la siguiente lista: Alberto Vital estudia la recep-

ción mutua entre Victoriano Salado Álvarez y Mariano Azuela; Yliana Rodríguez, el tratamiento de los espacios en *La Rumbay Tomóchic*; Antonia Pi-Suñer, la relación entre historia y novela en los textos de Ireneo Paz y Victoriano Salado; Alejandro Rivas, las variaciones de la leyenda de Don Juan Manuel —publicada primero por José Justo Gómez de la Cortina en 1835—, en narraciones de distintos autores. Muy útiles son también los artículos de Edith Negrín, quien relaciona la novela *María Luisa* de Mariano Azuela con un amplio repertorio de novelas del naturalismo francés cuya protagonista es una prostituta, y Adriana Sandoval, que analiza *Tomóchic* a la luz de *La débâcle* de Zola.

Quizá ya ha percibido el lector que la mayoría de los artículos de *Literatura mexicana del otro fin de siglo* se dedica a la narrativa, el ensayo, la crónica o la poesía popular narrativa; sólo cinco ponentes se ocuparon de la poesía: Schulman habló de los poemas de Díaz Mirón; Sylvia Molloy y Gustavo Jiménez, de Nervo; Esther Hernández, de la poesía escrita por mujeres mexicanas en el XIX, e Yvette Jiménez, de María Enriqueta. Cabría preguntarse por qué en esa reunión académica hubo menor interés por la poesía del siglo XIX. ¿Quizá porque los versos que escribieron muchos de aquellos poetas acusan el envejecimiento de la estética sentimental que los regía? Lo que sí se comprueba, después de la lectura de este libro editado por El Colegio de México, es que la historia crítica de la literatura mexicana del siglo XIX está todavía por (re)escribirse.

CELENE GARCÍA ÁVILA

ALFONSO DE TORO (ed.), *El siglo de Borges*. T. 1: *Retrospectiva-presente-futuro*, por Fernando de Toro. T. 2: *Literatura-ciencia-filosofía*, por Susana Regazzoni. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 1999. (*Teoría y Crítica de la Cultura y Literatura*, 19-20).

En marzo de 1999 se realizaron sendos coloquios en Alemania e Italia en homenaje a Jorge Luis Borges, quien habría cumplido un siglo el 24 de agosto del año en que se llevaron a cabo: uno, del 15 al 20, en el Centro de Investigación de la Universidad Ibero-Americana de Leipzig; y otro, del 25 al 27, en Venecia, organizado por el Departamento di Studi Anglo-Americani e Ibero-Americani y la Universidad de Ca'Foscari. De estos homenajes resultaron los volúmenes *El siglo de Borges* que ahora me ocupan. La edición del primero correspondió a Alfonso de Toro y Fernando de Toro, quienes, además de los trabajos participantes en el coloquio, incluyen “aquellos de colegas